

COMPONENTES CULTURALES DEL SENDERO HUELLA ANDINA

María Marta Novella y Débora Finkelstein*

Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco

RESUMEN

Huella Andina es un sendero de largo recorrido que atraviesa la zona cordillerana de las provincias de Neuquén, Río Negro y Chubut, a lo largo de 540 kilómetros en los que permite al visitante, al tiempo que camina, entrar en contacto con el patrimonio natural y cultural del territorio. Este trabajo se focaliza en los componentes del patrimonio histórico cultural asociados al sendero. A partir de la pregunta por el origen y el uso de esas huellas se dará cuenta de los elementos tangibles e intangibles que las marcaron a lo largo del tiempo y que forman el paisaje cultural predominante en los distintos tramos del recorrido, asociado a actividades y prácticas productivas y a un tipo de sociabilidad propia del mundo rural fronterizo de la Patagonia Andina.

PALABRAS CLAVE: Turismo - Patrimonio cultural - Identidad - Senderismo.

Introducción

El Proyecto Huella Andina refiere a la puesta en valor de un sendero de trekking situado en la Patagonia Argentina que atraviesa la zona cordillerana de las provincias de Neuquén, Río Negro y Chubut a lo largo de 540 km., ubicados dentro de áreas protegidas nacionales (los Parques Lanín, Arrayanes, Nahuel Huapi, Lago Puelo y Los Alerces), provinciales, tierras fiscales y campos privados. Forma parte del Programa Senderos de la Argentina impulsado por el Ministerio de Turismo de la Nación, que se propone fomentar el turismo y la recreación sustentable a través de actividades de senderismo que permitan a los visitantes realizar una actividad física, la caminata, por lugares representativos del patrimonio natural y, al mismo tiempo, entrar en contacto con el patrimonio cultural del territorio que recorren¹.

El Proyecto se inició en el año 2008 a partir de iniciativas locales y fue rápidamente institucionalizado por su potencialidad para reflejar la riqueza ambiental, cultural e histórica de la región y para acrecentar las ofertas de turismo sustentable. Comenzaron entonces las actividades para la identificación de huellas y senderos preexistentes aptos para su reutilización en este proyecto que, integrándose entre sí y

* Las autoras son docentes e investigadoras en la Carrera de Administración de Empresas turísticas en la Sede Esquel de la Universidad Nacional de la Patagonia. Han participado de diversos proyectos de investigación sobre historia regional y sobre patrimonio turístico en la UNPSJB y la UNCo y publicado libros, capítulos de libros y artículos de la especialidad.

Novella, María Marta: mnovella@speedy.com.ar

Finkelstein, Débora: deborafinkelstein@gmail.com

¹ Se puede consultar más información sobre el Sendero Huella Andina en <http://huellaandina.tur.ar/>

organizados en etapas y tramos, permitirían conformar un sendero de largo recorrido a la manera de otros existentes en el mundo². Los beneficios esperados son, entre otros, fomentar actividades turísticas sostenibles con retorno local que favorezcan tanto a los prestadores de servicios como a los pobladores rurales que adopten al turismo como una alternativa económica.

Este artículo se referirá al origen de las sendas que Huella Andina redefine en cuanto a su uso y a los componentes del patrimonio histórico-cultural asociados a las mismas. Interesa dar cuenta de la existencia de elementos tangibles e intangibles que las marcaron a lo largo del tiempo a partir de la presencia de sociedades indígenas de más de dos mil años de antigüedad, cuya existencia está atestiguada por yacimientos arqueológicos, y del tránsito de exploradores, conquistadores, viajeros, misioneros jesuitas y franciscanos, responsables éstos de los primeros registros escritos y mapas de la región bajo estudio. Interesa también señalar que el trazado actual de la senda se relaciona con los pobladores de distintos orígenes que llegaron a la región desde fines del siglo XIX, que fueron quienes con sus actividades de subsistencia y de avance sobre el territorio, definieron más fuertemente los senderos que ahora se recuperan y se resignifican para la actividad turística. Fueron ellos, en articulación algunas veces y en oposición otras con los marcos y las acciones establecidas por los referentes estatales, quienes conformaron en los últimos ciento cincuenta años el paisaje cultural predominante en los distintos tramos del recorrido, caracterizado por estructuras de arquitectura rural en madera (como casas, corrales, galpones, cercos, puestos), una toponimia y unas narraciones asociadas a personajes y prácticas productivas que tienen por centro al ganado, y por un tipo de sociabilidad propia del mundo rural fronterizo de la Patagonia Andina.

Se debe tener en cuenta que el trazado del sendero atraviesa una zona de gran belleza paisajística y tradicionalmente asociada con el patrimonio natural. Las áreas protegidas por las que pasa fueron creadas en distintas épocas en un rango que va desde 1934, fecha de creación del primer Parque Nacional de la Argentina y pionero de la región, hasta hace pocos años en algunas áreas de jurisdicción provincial, para la preservación de elementos naturales, especies de flora y fauna, ríos, lagos y glaciares³. La actividad turística también se desarrolló y se desarrolla ofreciendo como producto destacado el patrimonio natural tanto para la observación como para el desarrollo de prácticas de turismo activo. No hace sino un par de décadas que en las áreas dependientes de la Administración de Parques Nacionales se comenzó a valorar el patrimonio cultural y a desarrollar un Programa de manejo de recursos culturales (APN, 2000). Diversos trabajos surgidos en ese marco advirtieron sobre el carácter holístico del patrimo-

² Algunos de los senderos que se tomaron en cuenta fueron el Appalachian Trail en Estados Unidos, la Red de Senderos Europeos de Gran Recorrido y la experiencia, territorialmente más cercana, de Senderos de Chile. Con este último se podrían articular a futuro algunos tramos transversales de conexión internacional.

³ Si bien la creación de los Parques Nacionales que la senda atraviesa respondía a varios intereses geopolíticos relacionados con el avance del Estado en zonas fronterizas, la selección de los espacios a incluir en la categoría de Parque Nacional estaba fuertemente condicionada por los valores escénicos naturales que contenían.

nio, la indivisibilidad del patrimonio natural y el cultural a partir del análisis de las interrelaciones entre ambos y el rol de diversos actores sociales en la asignación de valor patrimonial (Molinari et al., 2000). La implementación a nivel internacional de nuevas categorías tales como las de paisaje cultural e itinerarios culturales enriquecieron el panorama de los estudios patrimoniales.

Por otra parte, desde la antropología se desarrollaron en la región una serie de investigaciones centradas en el análisis de los usos del pasado y del patrimonio histórico cultural por diversos actores sociales, identificando memorias, olvidos y desplazamientos de sentidos en el contexto de procesos de re-etnización, de reclamos territoriales, de búsqueda de cohesión de grupos sociales subalternos tradicionalmente desplazados⁴.

En el caso del presente artículo, en una tarea que vincula la investigación histórica con los usos turísticos del patrimonio para el análisis del Sendero Huella Andina, el foco está puesto por una parte en analizar los procesos históricos y los actores sociales que dieron origen a las sendas que hoy integran el proyecto y los elementos patrimoniales a ellas asociadas y, en relación con lo anterior, resaltar el rol de los pobladores actuales de las tierras que atraviesa en la identificación, valoración y uso de esos elementos.

Se pretende, entonces, dotar de profundidad histórica al proceso de construcción del paisaje cultural asociado al sendero Huella Andina que atraviesa el borde cordillerano patagónico y analizar los usos y redefiniciones del patrimonio que involucra.

El proceso histórico de formación de las sendas de Huella Andina

El sendero Huella Andina se trazó sobre huellas preexistentes. Desde el punto de vista patrimonial, interesa destacar que las sendas surgieron de un proceso de construcción en el que se intersectan los elementos naturales, los seres humanos y las actividades que éstos desarrollaron.

Desde el más temprano poblamiento de este territorio, los movimientos cotidianos de las personas los hicieron agentes de cambios en el paisaje en su permanente búsqueda de ambientes propicios para la caza, la recolección de alimentos, el uso de recursos minerales, la obtención de agua, el contacto con otros. Los tehuelches usaban una palabra especial para determinar a aquellos ambientes que tenían disponible un determinado recurso natural que servía para garantizar el alimento y esa palabra era *a súwén*, entre los grupos que hablaban la lengua *gününa*, y *aik* o *aike* en el idioma *aonik* de los tehuelches del sur; ambas expresiones significan «allí hay». Los mapuche por su parte, expresaban *ngëieu* para decir lo mismo. Tres lenguas distintas y una sola idea: «acá hay algo útil para nosotros»; lo mismo ocurre con los animales, para ellos también, el conocimiento del territorio le va determinando donde «hay» alimento, donde «hay» reparo, y a su vez ambos, hombres y animales van por esos recursos

⁴ Especialmente los trabajos de Crespo, C., Tozzini, A. y Ondelj, M.

«abriendo camino». Junto a este conocimiento de lo que «hay», los grupos humanos del pasado fueron materializando distintas sendas transitándolas -y al mismo tiempo marcándolas- para ir de caza, para buscar plantas y comestibles, para relacionarse con vecinos, para realizar intercambios. Fueron quedando a la vera de ellas elementos tangibles e intangibles que dan cuenta del uso del territorio que hacían esos pueblos desde los primeros grupos de cazadores-recolectores del ámbito boscoso patagónico hasta sus actuales descendientes. Su presencia más antigua está atestiguada por yacimientos arqueológicos y sitios con arte rupestre del estilo de grecas en la modalidad del medio boscoso lacustre, y por la existencia de rastrilladas documentadas por estudios arqueológicos, crónicas y testimonios variados. También queda la toponimia con nombres propios tanto de los diferentes dialectos tehuelches como del mapuzungun.

La avanzada europea sobre América hizo que comenzaran a transitar el territorio otros actores cuyo ingreso fue facilitado por la utilización de esas sendas ya trazadas. Entre los siglos XVI y XVIII, exploradores y conquistadores españoles como Villagra, Flores de León, Juan Fernández, entre otros, contribuyeron, si no a abrir caminos nuevos, a inscribir los preexistentes en los mapas y a registrar su trazado y los nombres a ellos asociados, en las crónicas. En el mismo sentido, se enmarca el paso de los misioneros jesuitas y franciscanos de los siglos XVII y XVIII como los padres Mascardi, Elguea, Guillermo, Menéndez, que se mueven a ambos lados de la Cordillera y que, al igual que los anteriores, producen los primeros registros escritos descriptivos de las sendas y de la geografía de la región y asocian este territorio y sus derroteros con la leyenda en torno a la Ciudad de los Césares, visión que colaboró con la construcción imaginaria de la Patagonia como un espacio mítico, misterioso y pleno de posibilidades de concreción de todos los sueños que tengan los viajeros que lleguen a ella, repertorio narrativo aun hoy asociado con el patrimonio intangible de este espacio.

El avance militar del Estado argentino sobre las tierras al Sur de los ríos Colorado y Negro a partir de 1879, que se extiende en los años sucesivos a la zona cordillerana de la Patagonia Norte con la ofensiva sobre los pueblos aborígenes que la habitaban, también utiliza las huellas preexistentes marcando a su paso el fin sangriento de una etapa y redefiniendo el uso social del territorio.

En paralelo con esta avanzada militar, una serie de exploradores inspirados en intereses geopolíticos y científicos inician una etapa de conocimiento y registro de la región con fines diversos y contribuyen al trazado de los primeros mapas modernos. Algunos de ellos, trabajando para el estado argentino o para el chileno, son actores principales en la definición de límites interestatales y toman las primeras fotografías. En este grupo podemos incluir a Cox, Musters, Moreno, Moyano, Lista, Steffen, Frey, Fonck, Krüger, Stange, Lange, Holdich, Bailey Willis, entre otros. Utilizan algunas sendas existentes y en las zonas más aisladas del bosque, fuera de los derroteros habituales de los antiguos pobladores, van abriendo otras.

Contemporáneo a los dos grupos anteriormente mencionados comienza a desarrollarse el pro-

ceso de poblamiento «moderno» o «replamamiento» de la región y transitan las huellas preexistentes o abren nuevas quienes buscan tierras para instalarse en los valles andinos, sean europeos, solos o en grupos de connacionales, como los galeses en Chubut o los suizos en el Nahuel Huapi, o chilenos que comienzan a recorrer un itinerario que coincide en mucho con el que sigue actualmente el sendero Huella Andina desde Junín de los Andes hacia el Sur. Con su transitar y las, en principio, precarias instalaciones que construyen comienza a definirse el paisaje cultural que más presencia tiene actualmente a la vera de los distintos tramos del recorrido: puestos, corrales, galpones, cercos, con uso predominante de la madera como materia prima. Crianceros y troperos muchos de ellos, introducen prácticas ganaderas que abren nuevas huellas al tiempo que se van consolidando los caminos que transitan para «salir» hacia los pueblos, para comunicarse con los vecinos y desarrollar la sociabilidad de las áreas rurales de principios del siglo XX o para aprovisionarse en los almacenes de ramos generales más cercanos. Gran parte del sendero remite a estos actores sociales y el trazado permite recuperar la memoria de esas prácticas, algunas de ellas aún hoy vigentes.

Particular interés reviste entonces el estudio de la dinámica de la producción ganadera, ovina, pero en las áreas más próximas al borde cordillerano especialmente bovina, como elemento cultural asociado al origen de las sendas. En líneas generales, en ambientes boscosos e incluso en áreas de ecotono, son los animales los que inicialmente «marcan la huella» en búsqueda de espacios que les permitan encontrar su alimento. Es más, esas abras que naturalmente van haciendo son usadas de manera reiterada y, en el caso de los vacunos, ese uso define una suerte de territorialidad grupal donde los animales van marcando espacios para dormir (los más secos y reparados) y caminos que desde allí los llevan a buscar sus alimentos para volver al final del día al paradero donde descansan con otros con quienes están juntos siempre. En este sentido, un hombre de campo y puestero de la zona comentaba que las vacas «hacen yunta», están siempre juntas en el bosque, entran juntas al corral, a la manga, comen en determinado espacio (bastante definido), beben agua en las mismas aguadas y duermen en los mismos espacios⁵. Los hombres van detrás de las vacas y junto a ellas van marcando las huellas mejorándolas con sus machetes y definiendo los mejores lugares para construir la infraestructura rural asociada a este tipo de actividad productiva. Así surge lo que en ámbito de los Parques Nacionales se conoce como «población» y que, agregando el apellido de la familia que le da origen identifica un espacio determinado, en el caso del Parque Nacional Los Alerces, por ejemplo, la población Coronado, la población Mermoud, la población Tardon, la población Rosales, todos lugares por los que actualmente pasa el sendero. Los puestos, construcciones vinculadas con la actividad ganadera también van designando espacios: «el puesto de ...», tanto en el ámbito que está dentro de los Parques como fuera de él.

⁵ César Figueroa, Villa Lago Rivadavia, Cholilla, febrero de 2012, comunicación personal.

Muchas huellas son troncales, porque sirven para unir un territorio con otro; de ellas se desprenden vías de acceso a ambientes en los que los animales se alimentan y las personas, además de «repuntarlos» y observarlos, obtienen determinados recursos (como caña colihue, maderas de ciprés, lenga y alerce en otros tiempos, leña, hierbas medicinales, hongos, etc.) o tienen sus puestos o poblaciones. Estas huellas son usadas desde tiempos muy antiguos con igual criterio sólo que con menor intensidad en cuanto a las marcas que hayan dejado en el suelo debido a la densidad de población y al tipo de tecnología que se utilizaba, pero las vías troncales son muy parecidas ya sea por lo que define el relieve en sí (grado de dificultad) o porque el interés por los recursos a utilizar es muy similar a lo largo del tiempo: alimento, especies leñosas, agua, reparo.

Si bien el análisis que aquí se presenta se centró especialmente en los tramos del sendero correspondientes a la provincia de Chubut, a grandes rasgos los procesos son similares en los que se ubican en Río Negro y Neuquén, aunque habría que atender a algunas particularidades propias de la dinámica social y productiva de cada zona. En la que fue analizada se conforma un paisaje cultural en el que son protagonistas los sujetos asociados a actividades que tienen por centro al ganado. Entre los actores que participan de esa actividad se van definiendo distintos status y éstos a su vez van cambiando con el paso del tiempo: la relevancia social del tropero que se desplazaba por meses para llevar animales de su propiedad y de otros a los mercados chilenos tuvo preponderancia central a principios del siglo XX y hasta casi la década de 1970; hoy su misión ha sido sustituida por el transporte de ganado en camiones y el transporte hacia el país vecino se ve mediado por permisos de exportación que solo pueden estar controlados por grandes frigoríficos y no constituye un peso central en la balanza comercial de la zona como sí lo era en aquellas primeras décadas del siglo XX. Los mercados cambiaron y los flujos de animales ya no tienen al cruce de la cordillera como eje, pero las huellas de los viejos troperos están allí, materializadas en el territorio y usadas en muchos casos por sus descendientes.

Junto al tropero, los «veraneadores» o «invernadores» eran muy valorados, ya que ellos conocían las huellas de los animales y sus refugios y se los contrataba para cuidarlos en campos abiertos. Hoy el alambre ha ido de a poco definiendo las propiedades de la gente de campo y ya no son tantos estos personajes, aunque todavía los hay y sobre todo son los protagonistas de los traslados de animales desde campos de veranada a campos de invernada. En algunos territorios por los que discurre la Huella Andina, por ejemplo en Cholila, en el Noroeste de Chubut, desde mediados de marzo se ven las tropas que bajan de la veranada para trasladarse a campos de invernada ubicados en otros ambientes más propicios para pasar el invierno, lo mismo ocurre al llegar la primavera, cuando el traslado es al revés, es decir, de los campos de invernada se los lleva a otros ambientes, generalmente altos y boscosos, donde se disponen a pasar los meses estivales.

Asociados a la ganadería están otros elementos de la cultura campera que forman el patrimonio intangible de la huella como las marcaciones y señaladas que definen, la primera, el momento en que los

animales bajan y, la segunda, el momento en que nacen los terneros y se trasladan hacia los campos altos para pasar el verano. Es muy interesante ver cómo, cuando los animales llegan a esos lugares conocidos, se ubican por grupos en espacios definidos y, al igual que los hombres que los cuidan, se mueven por las huellas que juntos han ido construyendo a través del tiempo al ritmo del hacha, del machete y del lento ramoneo.

De esta forma, el ambiente campero cordillerano se ve surcado en su interior por sendas o «picadas», como se las denomina en general, que muchas veces se articulan con otras de mayor tamaño en las que el uso es compartido entre muchos actores y constituyen rutas vecinales que permiten a cada poblador acceder a sus campos, sean estos de veranada o invernada y, en otros tiempos, acceder a mercados o a lugares en los cuales se producía el intercambio. Las picadas no sólo estructuran una red caminera circunscripta a un territorio determinado sino que también se van transformando por el uso en una suerte de rutas que unen lugares muy distantes entre sí como ocurría con las que vinculaban zonas como el Noroeste de Chubut con territorios ubicados al otro lado de la cordillera, por ejemplo en Cochamó, lugar al que se accedía por el conocido paso fronterizo de «El Manso», o a esta región con Neuquén o Río Negro.

Muchas de las sendas actuales se han construido siguiendo estas marcas y otras han quedado en el interior del bosque encontrándose jalonadas de puestos, corrales, lugares de descanso, aguadas, etc. Algunos de estos lugares son, en la actualidad, sólo taperas y otros se siguen usando con absoluta vigencia. Sobre esas sendas se ha diseñado la propuesta Huella Andina.

Desde la década del '30 del siglo XX la creación de Parques Nacionales primero, y de áreas protegidas provinciales varias décadas después, incorpora también otros trazados, los de las expediciones que relevaban el territorio a demarcar como áreas protegidas y luego, los de las patrullas de guardaparques, instalación de seccionales, definición de servicios turísticos, etc. En esta etapa comienzan a determinarse las primeras sendas asociadas a la actividad turística a las que se suman las generadas por la actividad de quienes practican el montañismo sea en forma individual o institucional como los Clubes Andinos de las distintas localidades. Seccionales de guardaparques y refugios son representativos de estas actividades.

Se pretende con este punteo de momentos y actores sociales, que no es exhaustivo, dar una idea de la dimensión cultural de un sendero cuyos tramos se constituyeron por la acción, generalmente combinada, de varios de los actores mencionados y cuyos testimonios, inscriptos o no materialmente en el paisaje, «hablan» del devenir del tránsito social en el espacio andino de la Patagonia. Se advierte entonces que el sendero Huella Andina tiene un espesor histórico importante y que está jalonado de elementos tangibles e intangibles que dan cuenta de esa historia.

Usos y redefiniciones del patrimonio

A fin de hacer algunas reflexiones en torno a los usos y redefiniciones del patrimonio en relación con el sendero Huella Andina se tomaron como caso de estudio los tramos que atraviesan el Parque Nacional Los Alerces.

Al interior de los Parques Nacionales en Argentina, la política y los mensajes sobre la presencia de pobladores preexistentes a la creación de los mismos fue variando, especialmente en las últimas décadas. Desde la época de su creación y en los años inmediatamente siguientes en los que se expulsó a algunos y se permitió la presencia de otros condicionada por las reglas de la institución pero limitando sus actividades y considerándolos ajenos y perjudiciales para el sistema y disruptores del ambiente natural a preservar, se pasó en los últimos años a otras políticas que conllevan la intención de incluirlos bajo ciertas condiciones, como por ejemplo, su reconversión productiva hacia las actividades turísticas, o a la enunciación de su importancia en tanto se considera patrimonio de la institución la interrelación entre lo natural y lo cultural y la historia de esa relación sobre la que los pobladores tienen mucho que aportar.

En el Parque Los Alerces, al iniciarse el proceso de definición de la traza del sendero, fueron justamente los pobladores quienes aportaron sus conocimientos para recuperar aquellas huellas con mayor espesor histórico. En un taller realizado con pobladores y autoridades del Parque y coordinado por la Universidad, uno de ellos expresaba: «para que venga desde [el lago] Rivadavia **históricamente** el sendero habría que tomar **ese que te había explicado yo** que viene paralelo a la ruta. Así quedaría un sendero desde lago Rivadavia hasta la pasarela [...] **histórico** porque después el sendero histórico desaparece en muchas partes por la ruta»⁶. En la misma reunión se recogieron a partir de los aportes de los pobladores numerosos testimonios de viejas sendas, toponimia hoy olvidada, hitos vinculados con las actividades productivas que se fueron perdiendo al paso de los años y hoy pueden recuperarse e incluirse para enriquecer los tramos de la senda con referencias patrimoniales de la relación de las personas que habitaban el territorio en el pasado y las peculiares relaciones que establecían con un ambiente natural que les fue tan pródigo en algunos recursos como hostil en las condiciones que debían enfrentar para construir ahí su lugar de vida. Si en el origen de las preocupaciones de esta investigación estaba el espacio que en la agencia de los procesos de patrimonialización les cabe a las comunidades locales frente a otros actores que definen qué poner en valor y activar desde afuera de ellas, queda claro que la participación de estos pobladores en la definición de los repertorios patrimoniales del sendero es una muestra de la democratización del concepto y de la legitimación de la existencia de un sector social que, en el ámbito que nos ocupa, había sido tradicionalmente subalternizado y excluido.

⁶ Intervención de Raúl Coronado en taller con pobladores sobre el trazado de la Huella Andina, Villa Futalaufquen, PN Los Alerces, 28 de mayo de 2011. El resaltado es de las autoras.

Conclusiones

En el marco de la creciente expansión de la actividad turística, de la turistización acelerada de espacios y comunidades, vale preguntarse sobre las intervenciones de diversas agencias, estatales y privadas, políticas, económicas, académicas, en esos procesos y la legitimidad y pertinencia de esas intervenciones de «no conocidos» en un ámbito de «conocidos» cuando de identificar y actuar sobre el patrimonio local se trata y poner constantemente en cuestión y bajo análisis las actuaciones propias para dar lugar y garantizar la amplia participación de los actores locales en los procesos de patrimonialización y turistización de sus realidades culturales y sus espacios de vida, tratando de identificar y priorizar aquellas prácticas que priorizan su mirada y diferenciándolas de otras que buscan definir el patrimonio y configurar productos turísticos de acuerdo a patrones globales preestablecidos⁷.

En esa misma línea, se considera que es importante diferenciar claramente entre dos procesos que a nuestro entender no son equivalentes: la puesta en valor, por un lado, y la activación turística del patrimonio, por otro. Existe una diferencia conceptual entre «valorar» y «poner en acto o en uso». Entendemos aquí la valoración social como «el conjunto de representaciones y apropiaciones colectivas que legitiman, otorgan a los bienes sentido social y los resignifican en la cultura actual» (Cirvini, S., 2012). En la valoración tienen especial incidencia las experiencias más cercanas a los sujetos, espacial y temporalmente, y es allí donde es fundamental atender y respetar las valoraciones comunitarias y diferenciarlas de nuestras propias valoraciones, las que ya llevábamos preconcebidas antes de iniciar las tareas y las que fuimos construyendo a lo largo del proceso⁸. La activación turística⁹, si bien también debe partir de una decisión local que debe legitimarla y bregar para que se realice conforme a la realidad social percibida por la comunidad local, requiere de la participación y acción de otros que contribuyan con su experticia a la enunciación de un mensaje, el que se va a transmitir a los visitantes, cuyo contenido no les corresponde determinar pero sí intervenir en cuanto a la ordenación de los elementos que lo constituyen y las técnicas de interpretación y los soportes necesarios para transmitirlo. Se requiere entonces un trabajo pluridisciplinario en el que, junto con los historiadores o los antropólogos, los expertos en turismo, en marketing, en interpretación tienen mucho que aportar.

⁷ Sobre la crítica y efectos de estas prácticas ver Hernández Ramírez, J., 2011.

⁸ Para una análisis de esta problemática en relación con el patrimonio arqueológico ver Bellelli, C., 2012.

⁹ Diferenciamos aquí la activación patrimonial, que se refiere a «la selección de determinados objetos entre un conjunto amplio de objetos pasibles de ser patrimonializados» (Almiron, A. et al., 2006) de la activación turística del patrimonio que refiere al uso del patrimonio para la actividad turística.

Referencias bibliográficas

- Almirón, A., Bertonecello, R. y Troncoso, C (2006): Turismo, patrimonio y territorio. Una discusión de sus relaciones a partir de casos de Argentina. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 15, (2), 101-120.
- Administración de Parques Nacionales (2000). *Política de manejo de recursos culturales*, Buenos Aires: Autor.
- Bellelli, C. (2012). Arqueología y patrimonio. Reflexiones desde la práctica. *Comechingonia. Revista de Arqueología*, (16), 1° semestre.
- Bertonecello, R. (comp.) (2008). *Turismo y geografía: lugares y patrimonio natural-cultural de la Argentina*. Buenos Aires: CICCUS.
- Cirvini, S. (2012). La valoración como base de la patrimonialización. En *Actas de las Jornadas Nacionales de ICOMOS. Rutas e itinerarios culturales. De la escala regional a los proyectos transnacionales*. Mendoza: UM.
- Contreras, F., Finkelstein, D. y Novella, M. (2012). La dimensión cultural del Sendero Huella Andina. En *Actas de las Jornadas Nacionales de ICOMOS. Rutas e itinerarios culturales. De la escala regional a los proyectos transnacionales*. Mendoza: UM.
- Crespo, C. (2005). Qué pertenece a quién: procesos de patrimonialización y pueblos originarios en Patagonia. *Cuadernos de Antropología Social*, 21, 133-149.
- Crespo, C. (2006/2007). Políticas de la memoria: Procesos de etnificación, experiencias y tradiciones étnicas en la Patagonia Argentina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 21, 39-50.
- Crespo, C., Losada, F. y Martín, A. (2007) *Patrimonio, políticas culturales y participación ciudadana*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Crespo, C. y Ondelj, M. (2004). Pasado arqueológico, memoria y turismo en Patagonia. En *Actas de las 2° Jornadas de investigación en Antropología Social*. Buenos Aires: s/d.
- Fernández Balboa, C. (comp.) (2007). *La interpretación del patrimonio en la Argentina: estrategias para conservar y comunicar bienes culturales y naturales*. Buenos Aires: APN.
- Finkelstein, D. y Novella, M. (2010). *Memoria, historia y patrimonio en áreas protegidas de la Cordillera de Chubut* (proyecto de investigación). Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco.
- Finkelstein, D. y Novella, M. (2012). Alcances y desafíos de la investigación patrimonial en procesos de turistización con participación de poblaciones locales. En *Actas de III Jornadas Patagónicas de Investigación en Ciencias Económicas*. Esquel: UNPSJB – FCE.
- García Canclini, N. (1987). *Quiénes usan el patrimonio? Políticas culturales y participación social*. Trabajo presentado en el Simposio sobre Patrimonio y Política Cultural para el siglo XXI, México.
- Hernández Ramírez, J. (2011). Los caminos del patrimonio. Rutas turísticas e itinerarios culturales. *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 9, (2), 225-236.
- Lagunas, D. (coord.) (2007). *Antropología y turismo: claves culturales y disciplinares*. México: Plaza y Valdés Editores.
- Méndez, L. (2010). *Estado, frontera y turismo. Historia de San Carlos de Bariloche*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Molinari, R. (2000) ¿Posesión o Participación?: El caso del Rewe de la comunidad mapuche del Ñorquinco (Parque Nacional Lanín, Pcia. de Neuquén, Argentina). *Taller Territorio Indígena Protegido*.

- Molinari, R., Ferraro, L. et al. (2000). 2001 Odisea del manejo: Conservación del patrimonio Arqueológico y Perspectiva Holística. II Congreso de Antropología Virtual.
- Navarro Floria, P. y Delrio, W. (comp.) (2011). *Cultura y espacio. Araucanía - Norpatagonia*. San Carlos de Bariloche: Universidad Nacional de Río Negro.
- Novella, M., Finkesstein, D. et al. (2007). *Historia y Turismo en el P.N. Los Alerces*. Trabajo presentado en el VII Congreso de Historia Patagónica Argentino-Chilena. Rawson, Chubut, Argentina.
- Prats, LI. (1997). *Antropología y patrimonio*. Barcelona: Ariel.
- Prats, LI. (2005). Concepto y gestión del patrimonio local. *Cuadernos de Antropología Social*, 21, 17-35.
- Rotman, M. (ed.) (2004). *Antropología de la Cultura y el Patrimonio*, Córdoba, Ferreyra Editor.
- Tozzini, M. A. (2007). Hilvanando opuestos, lecturas identitarias a partir de la conformación de una comunidad mapuche en Lago Puelo, provincia de Chubut. *Avá Revista de Antropología*, 10, 47-65.
- Tozzini, M. A. (2008) Historia y narrativa en procesos de auto reconocimiento étnico. *Avá Revista de antropología*, 13.
- Valverde, S. et al (coord.) (2011). *Procesos históricos, transformaciones sociales y construcciones de fronteras. Aproximaciones a las relaciones interétnicas*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Figura 1: Mapa general de la Huella Andina



Trazado general del recorrido de la Huella Andina en las provincias de Neuquén, Río Negro y Chubut, según folleto del Ministerio de Turismo de la Nación, diciembre de 2011.